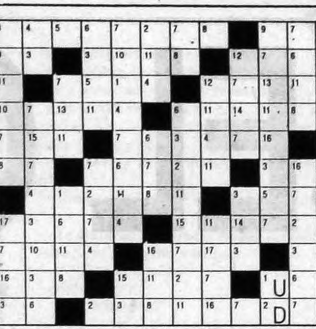
CRUCIGRAMA EN CLAVE

Resuelva el siguiente crucigrama sabiendo que a igual número corresponde igual letra.



3	4	5	6	7	2	7	8	■	9	7
9	3	■	3	10	11	8	■	12	7	6
11	■	7	5	1	4	■	12	7	13	11
10	7	13	11	4	■	6	11	14	11	8
7	15	11	■	7	6	3	4	7	16	■
8	7	■	7	6	7	2	11	■	3	16
■	4	1	2	14	8	11	■	3	5	7
17	3	6	7	4	■	15	11	14	7	2
7	10	11	4	■	16	7	17	3	■	3
16	3	8	■	15	11	2	7	■	1 U	6
3	6	■	2	3	8	11	16	7	2 D	7

SOLUCION MARTES



M	E	L	O	N	■	V	E	L	A	R
A	M	■	I	O	N	E	S	■	L	O
S	I	N	■	S	U	R	■	P	A	Z
A	R	A	R	■	C	■	L	O	S	A
S	■	D	E	S	A	T	A	R	■	R
■	V	E	T	E	■	I	D	O	S	■
E	■	M	E	D	I	C	O	S	■	V
L	E	O	N	■	Z	■	S	O	P	A
L	O	S	■	P	A	R	■	S	I	R
O	L	■	P	O	D	E	R	■	N	O
S	O	P	O	R	■	S	O	L	O	N



Página/2/3

Verano/12

EL DIABLO DE LOS MARES

(Por Eduardo Blaustein) Glub glub glub. El aparatoso nadador y buen padre de familia, señor Rodríguez, no tiene reparo en chapotear, brincar y zambullirse en las olas con su pancita burocrática rodeada por el pato inflable —a lunares— de su hija Valeria. Glub glub —resopla—, plash plash —comenta— asestando golpes contra el agua con la palita de Jorge, el menor y más gordito, que mira desde la orilla, intrigado. De pronto el señor Rodríguez agita la cabeza y una avalancha líquida cae por su boca abierta. Rodríguez acaba de ver al diablo de los mares. Presa del pánico siente cómo el corazón retumba como campanas fúnebres. El tiburón asesino se le viene encima, recto como un misil MX. El señor Rodríguez agita unas manos desesperadas con los dedos abiertos en ángulos inconcebibles. Pretende ponerse en pie pero se le traba el patito contra el fondo de la arena y sólo alcanza a deglutir medio litro de agua salada. El masticador genocida viaja hacia él. Con su aleta poderosa avanza levantando estelas descomunales. Rodríguez patalea como si nadara. El tiburón llega, se estaciona a su lado, pero en lugar de la dentellada amputadora Rodríguez siente que una mano le trepa el muslo. Está a punto de proteger sus testículos pero González consigue aferrarse a Rodríguez, se pone de pie, se quita la aleta dorsal de plástico y extiende su mano.

—González, encantado.

Rodríguez adelanta una mano temblequeante y lucha por ser cortés. Lucha por decir ''Rodríguez'', pero sólo alcanza a expulsar un chorro de agua con restos de Criollitas. Más fuerte que su temple resulta el sonido del patito al desinflarse.



EL CACI

Por Naguib Mahfuz

Al final se ve el pueblo. La noche cae por el perfil del horizonte. La gente vuelve detrás de sus bestias hundidas de fatiga. El campo abierto, difuminado por la puesta del sol, se precipita en el espacio. Abu l-Jer, a pasos largos, se acerca al pueblo. Miedo intenso le paraliza el corazón. La violencia del sufrimiento le insensibiliza. Los que vuelven del campo le miran furtivamente; ojos y bocas se abren asombrados. Cunden cuchicheos y cábalas sobre Abu l-Jer. Sus conocidos evitan cruzar las miradas. El continúa su camino, ausente, aproximándose irremediablemente a su destino. Los ojos le siguen mientras se aleja poco a poco, hasta que no queda de él más huella de la que deja un sueño en la mente. Entonces sacuden las cabezas y sentencian: "Está perdido...Es el fin de Abu l-Jer...".

La tragedia de Abu l-Jer ocurrió, según las apariencias, por casualidad. El sueño le había vencido una noche en el granero de la finca del amo. Le despertó un movimiento. Al principio sólo estuvo seguro de que algo había oculto en la oscuridad...¿Dónde estaba? ¿Qué hora era?...Tardó un poco en caer, luego le fueron llegando los efluvios del grano; prestó atención al movimiento que le había despertado y hacia él dirigió la mirada a través de la oscuridad. Entonces oyó una voz suplicante y asustada:

—No..., no..., señor...

La conocía, ¡era la voz de Zannuba Bint Aliwat!, tan aterrada como si una fiera fuera a comérsela. Ya iba Abu l-Jer a ofrecerle su ayuda cuando una voz gruesa y ronca se le anticipó:

—¡Estate callada!

Abu l-Jer se quedó quieto, aflojó su impulso. También conocía aquella voz: ¡era la voz de su señor, Abd al-Galil, el amo, la autoridad, la ley, la vida y la muerte! Olvidó a Zannuba y su pensamiento se concentró en que su presencia era injustificable en aquel lugar, en la crítica situación en que le había puesto una siesta traidora y en qué contestaría si era preguntado. Inmediatamente comprendió que aquella situación iba a traerle desgracia a él, no sólo a Zannuba, y que el crimen lo estaba cometiendo él y no el amo; al amo no se le piden cuentas de sus actos. Taladró la oscuridad hasta distinguir un cuerpo grande, una forma confusa sacudida en movimientos. Quizás era el amo estrujando a la chica, un pajarito en las garras de un ave de presa. Ella seguía lloriqueando, se retorcía enconadamente, resistiéndose como las hojas de los árboles agitadas por la tormenta.

Abu l-Jer estaba aterrorizado, era presa del odio y la impotencia, ¡qué gran cosa si Dios se dignara oír su súplica! Del suelo llegaba ahora un ruido ahogado al que se unieron los pasos de Abu l-Jer, alargados y furtivos, que escapaban dando de lado a la comprometedora pareja. Un lamento de dolor le persiguió; un sonido como el crepitar del fuego. Le pareció que la oscuridad crujía rompiéndose a una fuerte presión. Creyó que sus propias venas iban a estallar. Casi se le escapó un grito que no llegó a articularse porque la congoja que le paralizaba sólo le permitió percibir una exclamación del amo que se le adelantó: un inesperado grito de dolor empezó agudo, se enronqueció, acabó en aullido:

—¡Bandida!

Oyó el golpe de un bofetón seguido de un lamento rendido, desesperado..., y la caída de un cuerpo, de un cuerpo delgado y delicado..., y al amo decir rabioso: "¡Bandida, toma!", y lanzarse en tromba con un viejo y enorme martillo sobre la que sollozaba: "¡Toma..., toma..., toma!".

El jadeo de la lucha fue decreciendo hasta quedar en ayes susurrados de Zannuba. El amo seguía: "¡Toma..., toma..., toma!"; la ira había encendido su furia sin contén.

Entonces fue cuando a Abu l-Jer se le escapó: "¡Dios bendito!".

En respuesta, una voz como un estallido preguntó:

—¿Quién hay ahí?

Abu l-Jer se abalanzó a la puerta y la empujó, la puerta se abrió y la luz de la luna se derramó iluminándole. El amo gritó:

—Te he reconocido, Abu l-Jer, ¡quieto!

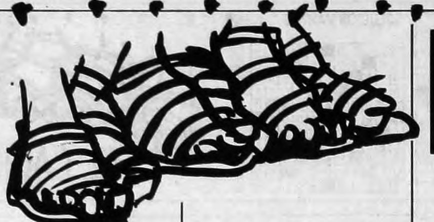
Pero él había salido corriendo como una bala, disparado por el miedo, el odio y la desesperación; la voz le perseguía:

—¡Muchacho! ¡Abu l-Jer..., asesino..., no huyas, asesino!

La voz del amo le seguía persistentemente los pasos; los oídos no son sordos y no tardó en despertarse el pueblo.

Abu l-Jer corrió y corrió hasta llegar a la cabaña de un amigo, vigilante de un campo de melones en Ziman al-Amri. Se tiró junto a





EL CACIQUE

Por Naguib Mahfuz

Al final se ve el pueblo. La noche cae por el perfil del horizonte. La gente vuelve detrás de sus bestias hundidas de fatiga. El campo abierto, difumi nado por la puesta del sol, se precipita en el espacio. Abu l-Jer, a pasos largos, se acerca al pueblo. Miedo intenso le paraliza el corazón. La violencia del sufrimiento le insensibiliza. Los que vuelven del campo le miran furtivamente; ojos y bocas se abren asombrados. Cunden cuchicheos y cábalas sobre Abu l-Jer. Sus conocidos evitan cruzar las miradas. El continúa su camino, ausente, aproximándose irremediablemente a su destino. Los ojos le siguen mientras se aleja poco a poco, hasta que no queda de él más huella de la que deja un sueño en la mente. Entonces sacuden las cabezas y sentencian: "Está perdido...Es el fin de Abu l-Jer...".

La tragedia de Abu l-Jer ocurrió, según las apariencias, por casualidad. El sueño le había vencido una noche en el granero de la finca del amo. Le despertó un movimiento. Al principio sólo estuvo seguro de que algo había oculto en la oscuridad...¿Dónde estaba? ¿Qué hora era?...Tardó un poco en caer, luego le fueron llegando los efluvios del grano; prestó atención al movimiento que le había despertado y hacia él dirigió la mirada a través de la oscuridad. Entonces oyó una voz suplicante y asustada:

—No..., no..., señor...

La conocía, ¡era la voz de Zannuba Bint Aliwat!, tan aterrada como si una fiera fuera a comérsela. Ya iba Abu l-Jer a ofrecerle su ayuda cuando una voz gruesa y ronca se le anticipó:

—¡Estate callada!

Abu l-Jer se quedó quieto, aflojó su impulso. También conocía aquella voz: ¡era la voz de su señor, Abd al-Galil, el amo, la autoridad, la ley, la vida y la muerte! Olvidó a Zannuba y su pensamiento se concentró en que su presencia era injustificable en aquel lugar, en la critica situación en que le había puesto una siesta traidora y en qué contestaría si era preguntado. Inmediatamente comprendió que aquella situación iba a traerle desgracia a él, no sólo a Zannuba, y que el crimen lo estaba cometiendo él y no el amo; al amo no se le piden cuentas de sus actos. Taladró la oscuridad hasta distinguir un cuerpo grande, una forma confusa sacudida en movimientos. Quizás era el amo estrujando a la chica, un pajarito en las garras de un ave de presa. Ella seguía lloriqueando, se retorcía enconadamente, resistiéndose como las hojas de los árboles agitadas por la tormenta.

Abu l-Jer estaba aterrorizado, era presa del odio y la impotencia, ¡qué gran cosa si Dios se dignara oír su súplica! Del suelo llegaba ahora un ruido ahogado al que se unieron los pasos de Abu l-Jer, alargados y furtivos, que escapaban dando de lado a la comprometedora pareja. Un lamento de dolor le persiguió; un sonido como el crepitar del fuego. Le pareció que la oscuridad crujía rompiéndose a una fuerte presión. Creyó que sus propias venas iban a estallar. Casi se le escapó un grito que no llegó a articularse porque la congoja que le paralizaba sólo le permitió percibir una exclamación del amo que se le adelantó: un inesperado grito de dolor empezó agudo, se enronqueció, acabó en aullido:

—¡Bandida!

Oyó el golpe de un bofetón seguido de un lamento rendido, desesperado..., y la caída de un cuerpo, de un cuerpo delgado y delicado..., y al amo decir rabioso: "¡Bandida, toma!", y lanzarse en tromba con un viejo y enorme martillo sobre la que sollozaba: "¡Toma..., toma..., toma!".

El jadeo de la lucha fue decreciendo hasta quedar en ayes susurrados de Zannuba. El amo seguía: "¡Toma..., toma..., toma!"; la ira había encendido su furia sin contén.

Entonces fue cuando a Abu l-Jer se le escapó: "¡Dios bendito!".

En respuesta, una voz como un estallido preguntó:

—¿Quién hay ahí?

Abu l-Jer se abalanzó a la puerta y la empujó, la puerta se abrió y la luz de la luna se derramó iluminándole. El amo gritó:

—Te he reconocido, Abu l-Jer, ¡quieto!

Pero él había salido corriendo como una bala, disparado por el miedo, el odio y la desesperación; la voz le perseguía:

—¡Muchacho! ¡Abu l-Jer..., asesino..., no huyas, asesino!

La voz del amo le seguía persistentemente los pasos; los oídos no son sordos y no tardó en despertarse el pueblo.

Abu l-Jer corrió y corrió hasta llegar a la cabaña de un amigo, vigilante de un campo de melones en Ziman al-Amri. Se tiró junto a él; estaba exhausto por el esfuerzo. El otro le acogió amable, le consoló, le trajo una jarra de agua para que bebiera y se remojara la cara, y en medio de la noche prestó oídos a su tragedia; Abu l-Jer acabó el relato con un suspiro y preguntó:

—¿Y si voy y lo cuento todo en el cuartelillo?

Su amigo negó con la cabeza avisadamente.

—Te matarán, aunque te hagan un juicio.

Abu l-Jer preguntó confuso:

—¿Qué puedo hacer?

—Esconderte.

—¿Toda la vida?

El guarda levantó los ojos al cielo sin contestar. Abu l-Jer dijo:

—Mi mujer y mi hija están en el pueblo a merced del amo, sin amparo...

—Piensa en tu vida...

Suspiró con intensa preocupación:

—¿Y la justicia?

El guarda se rió irónicamente.

—La encontrarás dormida en el vientre de un melón.

Al día siguiente, el guarda le trajo noticias. Le dijo que se comentaba en el pueblo que Abu l-Jer había reñido con Zannuba, que la había matado y que luego había huido. El mismo amo había atestiguado esto y todos lo creían sin discusión. La familia de la víctima estaba loca de dolor, lo mismo que los vecinos y todos los demás. Muchos hombres habían jurado venganza. La Justicia había emprendido la investigación siguiendo el testimonio del único testigo. La vergüenza había caído sobre su mujer y su hija y la consternación las había reducido al silencio.

—¡Mi crimen es haber visto el crimen de otro!

—¿Por qué te dormiste en el granero?

—¡Dios lo quiso!

Le miró con conmiseración:

—¡Escóndete!

Vinieron a la casa del guarda algunos hombres del amo preguntando por Abu l-Jer, con ellos iban también algunos parientes de la víctima. Abu l-Jer desde su escondite oyó las voces de los que se dedicaban a buscarle y vio sus rostros torvos y el ansia de matarle que desprendían sus pupilas.

—Tengo que huir.

—Sí, Dios te acompañe.

—No tengo un céntimo.

El otro desvió su mirada para ocultar la vergüenza que sentía por tener que decir:

—Ni yo.

Abu l-Jer se lanzó a la oscuridad sin plan y sin rumbo. En su vida había ido más allá del zoco, ni sabía nada del mundo. Tendría que evitar los pueblos de las cercanías porque sabía que el amo habría mandado avisos. Hasta las autoridades le persiguen. No hay posibilidad de ser declarado inocente. Por esos lugares estará siempre expuesto a que llegue la bala que acabe con él. Las sombras de la noche no durarán siempre, pronto habrá de amanecer y él aparecerá ante los ojos del mundo como un escorpión propicio a ser aplastado con palos y sandalias. ¿Y qué va a ser de su mujer y de su hija? ¿Quién las defenderá del odio y la venganza?

Abu l-Jer iba andando sin rumbo. Le sobresaltaban formas que bien miradas luego resultaban sauces o palmeras o un sembrado que había invadido el sendero o una acequia de aguas cantarinas y brillantes. Salió de su sopor. Se concentró en una idea llamativa que se había abierto paso en su amodorrada cabeza; miró a la izquierda y vio la luna varios codos por encima de la tierra —desde luego, la cosa más grande que había visto— enviando sus rayos blanquecinos; y por primera vez en su vida la luna le molestó. Empezó a desandar lo andado muy deprisa. A lo lejos, unos ladridos rompían el pesado silencio; un aullido que se dejó oír después heló sus venas. ¿Hacia dónde estará la capital para mezclarse con sus multitudes y encontrar un refugio y un bocado? ¿Qué tiempo puede necesitar él para recorrer la distancia que el expreso recorre en cuatro horas? Su corazón se detuvo al oír un sonido penetrante que le pareció el pito de una locomotora. Quizá le dieran el alto para preguntarle quién era y adónde iba. Tuvo miedo de seguir andando. Se dirigió hacia un sicomoro para echarse entre sus raíces, que sobresalían del suelo; allí no estaría demasiado visible cuando llegase la luz del día..., pero, ¿quién defenderá a su mujer y a su hija? ¿Es que puede ser feliz la vida del fugitivo cuyo corazón está lacerado por el recuerdo de la mujer y la hija? Abu l-Jer permaneció echado mirando al vacío. Sus pensamientos se debatían. Las horas pasaron y acabó por vencerle el sueño.

Cuando fue despertado soñaba que caía rodando desde la cima de una montaña. Abrió los ojos y vio unos cuantos pies enormes formando un círculo acusador. Aterrorizado, se puso en pie y miró a aquellos hombres, que a su vez le lanzaban miradas afiladas como piedras de honda. Miró sus caballos de raza que piafaban detrás de ellos.

De lo más hondo le salió un grito:

—¡Piedad..., por el profeta!

El golpe de uno de ellos le volvió a echar por tierra:

—Pero huiste.

Abu l-Jer repitió:

—¡Piedad..., por el profeta!

El otro le plantó el pie en el vientre chillando:

—Reñiste con la chica y la mataste.

—Yo...

Estuvo a punto de decir "soy inocente", pero recordó que su suerte no mejoraría por protestar a los hombres del amo y desistió; dirigió al hombre una mirada humilde y muda que fue contestada con un:

—Te llevaremos y confesarás.

Abu l-Jer gimió:

—¡Me colgarán!

Aquel hombre le golpeó con violencia añadiendo:

—El amo no te dejará llegar a la cuerda de la horca.

—¡Dejadme escapar!

Le golpeó más fuerte que la primera vez y le dijo:

—Tu familia podrá vivir en paz.

No replicó. Sólo pudo articular un lamento desesperado.

Las gargantas de aquellos le azuzaban impacientes.

Abu l-Jer susurró:

—Esta bien, volveré...

Un hombre le cierra el paso por delante; otros, por detrás.

Al final se ve el pueblo. La noche cae por el perfil del horizonte. La gente vuelve detrás de sus bestias hundidas de fatiga. El campo abierto, difuminado por la puesta del sol, se precipita en el espacio. Abu l-Jer, a pasos largos, se acerca al pueblo. Miedo intenso le paraliza el corazón. La violencia del sufrimiento le insensibiliza. Los que vuelven del campo le miran furtivamente; ojos y bocas se abren asombrados. Cunden cuchicheos y cábalas sobre Abu l-Jer. Sus conocidos evitan cruzar las miradas. El continúa su camino, ausente, aproximándose irremediablemente a su destino. Los ojos le siguen mientras se aleja poco a poco, hasta que no queda de él más huella de la que deja un sueño en la mente. Entonces sacuden las cabezas y sentencian: "Está perdido... Es el fin de Abu l-Jer...".



Naguib Mahfuz fue el primer escritor de lengua árabe en recibir, el año pasado, el Premio Nobel de Literatura. Sus trabajos recién en esa fecha comenzaron a conocerse en Occidente. Esta narración forma parte del libro "Cuentos ciertos e inciertos" publicado por el Instituto Arabe de Cultura en 1974.

...QUE

él; estaba exhausto por el esfuerzo. El otro le acogió amable, le consoló, le trajo una jarra de agua para que bebiera y se remojara la cara, y en medio de la noche prestó oídos a su tragedia; Abu l-Jer acabó el relato con un suspiro y preguntó:

—¿Y si voy y lo cuento todo en el cuartelillo?

Su amigo negó con la cabeza avisadamente.

—Te matarán, aunque te hagan un juicio.

Abu l-Jer preguntó confuso:

—¿Qué puedo hacer?

—Esconderte.

—¿Toda la vida?

El guarda levantó los ojos al cielo sin contestar. Abu l-Jer dijo:

—Mi mujer y mi hija están en el pueblo a merced del amo, sin amparo...

—Piensa en tu vida...

Suspiró con intensa preocupación:

—¿Y la justicia?

El guarda se rió irónicamente.

—La encontrarás dormida en el vientre de un melón.

Al día siguiente, el guarda le trajo noticias. Le dijo que se comentaba en el pueblo que Abu l-Jer había reñido con Zannuba, que la había matado y que luego había huido. El mismo amo había atestiguado esto y todos lo creían sin discusión. La familia de la víctima estaba loca de dolor, lo mismo que los vecinos y todos los demás. Muchos hombres habían jurado venganza. La Justicia había emprendido la investigación siguiendo el testimonio del único testigo. La vergüenza había caído sobre su mujer y su hija y la consternación las había reducido al silencio.

—¡Mi crimen es haber visto el crimen de otro!

—¿Por qué te dormiste en el granero?

—¡Dios lo quiso!

Le miró con conmiseración:

—¡Escóndete!

Vinieron a la casa del guarda algunos hombres del amo preguntando por Abu l-Jer, con ellos iban también algunos parientes de la víctima. Abu l-Jer desde su escondite oyó las voces de los que se dedicaban a buscarle y vio sus rostros torvos y el ansia de matarle que desprendían sus pupilas.

—Tengo que huir.

—Sí, Dios te acompañe.

—No tengo un céntimo.

El otro desvió su mirada para ocultar la vergüenza que sentía por tener que decir:

—Ni yo.

Abu l-Jer se lanzó a la oscuridad sin plan y sin rumbo. En su vida había ido más allá del zoco, ni sabía nada del mundo. Tendría que evitar los pueblos de las cercanías porque sabía que el amo habría mandado avisos. Hasta las autoridades le persiguen. No hay posibilidad de ser declarado inocente. Por esos lugares estará siempre expuesto a que llegue la bala que acabe con él. Las sombras de la noche no durarán siempre, pronto habrá de amanecer y él aparecerá ante los ojos del mundo como un escorpión propicio a ser aplastado con palos y sandalias. ¿Y qué va a ser de su mujer y de su hija? ¿Quién las defenderá del odio y la venganza?

Abu l-Jer iba andando sin rumbo. Le sobresaltaban formas que bien miradas luego resultaban sauces o palmeras o un sembrado que había invadido el sendero o una acequia de aguas cantarinas y brillantes. Salió de su sopor. Se concentró en una idea llamativa que se había abierto paso en su amodorrada cabeza; miró a la izquierda y vio la luna varios codos por encima de la tierra —desde luego, la cosa más grande que había visto— enviando sus rayos blanquecinos; y por primera vez en su vida la luna le molestó. Empezó a desandar lo andado muy deprisa. A lo lejos, unos ladridos rompían el pesado silencio; un aullido que se dejó oír después heló sus venas. ¿Hacia dónde estará la capital para mezclarse con sus multitudes y encontrar un refugio y un bocado? ¿Qué tiempo puede necesitar él para recorrer la distancia que el expreso recorre en cuatro horas? Su corazón se detuvo al oír un sonido penetrante que le pareció el pito de una locomotora. Quizá le dieran el alto para preguntarle quién era y adónde iba. Tuvo miedo de seguir andando. Se dirigió hacia un sicomoro para echarse entre sus raíces, que sobresalían del suelo; allí no estaría demasiado visible cuando llegase la luz del día..., pero, ¿quién defenderá a su mujer y a su hija? ¿Es que puede ser feliz la vida del fugitivo cuyo corazón está lacerado por el recuerdo de la mujer y la hija? Abu l-Jer permaneció echado mirando al vacío. Sus pensamientos se debatían. Las horas pasaron y acabó por vencerle el sueño.

Cuando fue despertado soñaba que caía rodando desde la cima de una montaña. Abrió los ojos y vio unos cuantos pies enormes formando un círculo acusador. Aterrorizado, se puso en pie y miró a aquellos hombres, que a su vez le lanzaban miradas afiladas como piedras de honda. Miró sus caballos de raza que piafaban detrás de ellos.

De lo más hondo le salió un grito:

—¡Piedad..., por el profeta!

El golpe de uno de ellos le volvió a echar por tierra:

—Pero huiste.

Abu l-Jer repitió:

—¡Piedad..., por el profeta!

El otro le plantó el pie en el vientre chillando:

—Reñiste con la chica y la mataste.

—Yo...

Estuvo a punto de decir "soy inocente", pero recordó que su suerte no mejoraría por protestar a los hombres del amo y desistió; dirigió al hombre una mirada humilde y muda que fue contestada con un:

—Te llevaremos y confesarás.

Abu l-Jer gimió:

—¡Me colgarán!

Aquel hombre le golpeó con violencia añadiendo:

—El amo no te dejará llegar a la cuerda de la horca.

—¡Dejadme escapar!

Le golpeó más fuerte que la primera vez y le dijo:

—Tu familia podrá vivir en paz.

No replicó. Sólo pudo articular un lamento desesperado.

Las gargantas de aquellos le azuzaban impacientes.

Abu l-Jer susurró:

—Esta bien, volveré...

Un hombre le cierra el paso por delante; otros, por detrás.

Al final se ve el pueblo. La noche cae por el perfil del horizonte. La gente vuelve detrás de sus bestias hundidas de fatiga. El campo abierto, difuminado por la puesta del sol, se precipita en el espacio. Abu l-Jer, a pasos largos, se acerca al pueblo. Miedo intenso le paraliza el corazón. La violencia del sufrimiento le insensibiliza. Los que vuelven del campo le miran furtivamente; ojos y bocas se abren asombrados. Cunden cuchicheos y cábalas sobre Abu l-Jer. Sus conocidos evitan cruzar las miradas. El continúa su camino, ausente, aproximándose irremediablemente a su destino. Los ojos le siguen mientras se aleja poco a poco, hasta que no queda de él más huella de la que deja un sueño en la mente. Entonces sacuden las cabezas y sentencian: "Está perdido... Es el fin de Abu l-Jer...".

Naguib Mahfuz fue el primer escritor de lengua árabe en recibir, el año pasado, el Premio Nobel de Literatura. Sus trabajos recién en esa fecha comenzaron a conocerse en Occidente. Esta narración forma parte del libro "Cuentos ciertos e inciertos" publicado por el Instituto Arabe de Cultura en 1974.

Viñuela 88.

MARIO LEVRERO

LA BANDA DEL CIEMPIES

6. ¿Qué sucede con la pequeña vendedora de violetas?

El automóvil de Carmody Trailler podría decirse que volaba por las calles de la ciudad, procurando acortar velozmente la distancia que lo separaba de la niña raptada, su cliente potencial, única oportunidad de poder llegar a enfrentar legalmente a la Banda del Ciempiés; mientras tanto, la niña había sido arrojada sin miramientos y aún dentro de la bolsa de arpillera usada en su secuestro, dentro de una habitación pequeña, oscura y maloliente. También la bolsa tenía un olor repugnante, como si hubiera sido utilizada previamente en el acarreo de pescado con un cierto grado de descomposición.

Después de un tiempo, que a la niña le pareció muy largo, oyó que se abría la puerta de la pequeña habitación y vio una cierta claridad a través del entramado de la tela y sintió que unas pesadas manos manipulaban en el alambre que cerraba la bolsa. También oyó una voz que murmuraba palabras y frases para ella incomprensibles, pues eran pronunciadas de un modo bronco y sordo, como hacia adentro, casi unos gruñidos grotescos, mientras las manos manejaban con gran torpeza el alambre hasta que al fin éste cedió y la bolsa fue abierta.

El tránsito automovilístico se volvía más complicado de día en día; las arterias de la ciudad ya no daban a basto para la proliferación de los vehículos de todo tipo y, a ciertas horas, casi diariamente se producían aglomeraciones y atascamientos, y los vehículos quedaban detenidos largo rato y a veces sólo podía irse avanzando muy lentamente y en forma esporádica. Carmody Trailler, en su desesperado viaje hacia el rescate de la pequeña vendedora de violetas, se encontró de pronto inmovilizado en medio de una de las calles de su recorrido; el fluir del tránsito se había detenido por completo y asimismo las calles perpendiculares se veían atascadas, de modo que no había una salida visible en lo inmediato. Carmody lanzó una maldición y sumó nerviosamente la bocina de su coche al coro de bocinas que, como un lamento y un reclamo, se elevaba en un amplio radio, apenas una descarga nerviosa por completo inútil, ya que no ayudaba a desatascar la aglomeración y, por otra parte, el sistema nervioso era realimentado nuevamente en sus tensiones con una carga aun más potente, al comprobar que la situación seguía incambiada y al recibir la descarga de todos los otros bocinazos.

También para Angus, el ayudante de Carmody, apostado en un portal a unos cien metros de la guarida de los secuestradores, las cosas resultaban difíciles. La demora de su jefe en hacerse presente le preocupaba cada vez más, pues no tenía otras instrucciones que la de esperarlo; ignoraba por completo cuáles serían los planes de Carmody, y no podía hacer nada para adelantársele y ganar algo de tiempo. Cualquier actitud personal que él tomara podría resultar perjudicial para esos planes, e incluso hacer más difícil o incluso imposible el rescate de la niña.

De pronto, observó que la mujer que había estado hablando por teléfono en el cafetín y que le había cedido el turno, salía ahora del cafetín y echaba a andar en una dirección que bien podía conducirla a la casa de los secuestradores. Algo en esa mujer había despertado en Angus confusos sentimientos; entre ellos, no estaba ausente una atracción, casi fascinante, de tipo erótico; pero al mismo tiempo había en Angus, desde un primer momento, como una señal de alerta hacia ella.

El detective la vio aproximarse a la entrada de la casa de los secuestradores. Contuvo el aliento por unos instantes hasta que, finalmente, la vio entrar en una casa contigua. Se sorprendió, al descubrir en él un suspiro como de alivio.

Mientras tanto, la pequeña vendedora de violetas, al salir de la bolsa, se encontró frente a un enorme oso marrón que la miraba con maligna curiosidad. Intentó retroceder, pero fue detenida por un gruñido muy fuerte y amenazador. "Carmody" —pensó la aterrorizada niña—, "sólo Carmody podrá salvarme. ¿Por qué no vienes, Carmody Trailler?".

(Próximo episodio: "La niña y el oso".)



JUEGOS

ENIGMA LOGICO

Noviazgos románticos

Cinco viejos amigos recuerdan los detalles del inicio de sus respectivos noviazgos, allá por el año 1925. Deduzca cómo se llamaba la tierna novia de cada uno, en qué dulce mes la conocieron y con qué romántica flor la conquistaron.

1. El romance que se inició en junio comenzó con un clavel; ni Abel ni Jorge lo obsequiaron, ni Julia lo recibió.
2. María recibió un jazmín; no fue en abril ni en mayo; el que se lo regaló no fue Luis.
3. Matías no fue novio de Paula; Viviana siempre detestó a Abel.
4. Cierto día, Delia recibió su flor; dos meses después, se inició el romance de Luis; y todavía habría de pasar un mes más antes de que Paula recibiera una orquídea, junto a una declaración de amor.
5. Abel conquistó a su novia antes de que Jorge conquistara a Delia.
6. La violeta fue entregada después que la rosa.

(Para resolver el enigma use el diagrama haciendo una marca para los aciertos y otra para las imposibilidades.)

		SEÑORITA					FLOR					MES				
		Delia	Julia	María	Paula	Viviana	Clavel	Jazmín	Orquídea	Rosa	Violeta	Marzo	Abril	Mayo	Junio	Julio
SEÑOR	Abel															
	Jorge															
	Luis															
	Matías															
	Pedro															
MES	Marzo															
	Abril															
	Mayo															
	Junio															
	Julio															
FLOR	Clavel															
	Jazmín															
	Orquídea															
	Rosa															
	Violeta															

SEÑOR	SEÑORITA	FLOR	MES

SOPA DE RUMIANTES

Encontrar las palabras en la sopa, dispuestas horizontal, vertical o diagonalmente, en uno u otro sentido. En este caso busque las siguientes palabras:

ALCE
BUEY
BURRO
CABALLO
CABRA
CAMELLO
CARNERO
CEBRA
CIERVO
DROMEDARIO
GACELA
JIRAFA
LLAMA
MULA
OCAPI
POTRO
RENO
TORO
VACA
YEGUA

C	A	M	E	L	L	O	B	E	R	N	A	A	D
O	G	E	S	U	L	I	O	N	N	I	R	O	N
G	A	C	E	L	A	R	G	O	N	B	A	Y	U
U	C	A	A	P	O	A	L	C	E	O	M	E	I
V	N	B	T	T	E	D	L	C	G	E	A	N	T
A	A	E	U	Y	R	E	N	O	S	E	L	S	V
C	F	I	C	E	I	M	A	L	M	U	L	A	Y
A	A	M	U	G	Y	O	K	A	P	I	Y	R	N
U	R	I	B	U	R	R	O	M	O	U	Y	B	C
A	I	R	I	A	Ñ	D	O	S	T	O	I	A	U
J	J	U	J	U	I	V	O	V	R	E	I	C	I
V	A	E	C	A	R	N	E	R	O	O	S	O	Y
O	G	Y	B	I	V	A	Y	O	H	G	B	E	A
R	E	B	R	A	N	D	R	O	R	A	B	C	B

SOLUCIONES

ENIGMA LOGICO

Autobús, Walter, llaveros, $ 2.
Plaza, Rogelio, chocolates, $ 1,50.
Aeropuerto, Fabio, portadocumentos, $ 2,50
Estadio, Santiago, cortaplumas, $ 4.
Tren, Gustavo, libros de cuentos, $ 3,50.

SOPA DEPORTIVA

A	L	O	T	K	S	Q	U	A	S	H	I	M	O
U	B	A	E	S	G	R	I	M	A	R	N	A	C
T	S	T	N	A	B	F	C	D	E	F	O	L	I
O	A	L	I	O	D	U	J	G	H	I	I	P	C
M	L	E	S	P	O	T	A	B	L	U	C	E	L
O	P	T	R	U	G	B	Y	J	K	Q	A	S	I
V	I	I	B	A	L	O	N	C	E	S	T	O	S
I	N	S	L	M	O	L	O	P	N	E	A	L	M
L	I	M	O	P	Q	E	R	S	U	V	N	I	O
I	S	O	Y	A	Z	B	X	E	N	X	F	B	Y
S	M	H	A	L	T	E	R	O	F	I	L	I	A
M	O	T	O	R	I	S	M	O	B	Z	O	P	N
O	E	J	A	N	I	T	A	P	A	E	G	F	I
E	Q	U	I	T	A	C	I	O	N	I	G	A	L